

Jueves 20 de Octubre de 1921.

LA VIRUELA ARTIFICIAL

Si no hubiera sido porque ese día tenía forzosamente que acompañar al Cementerio General los restos de mi pobre amigo Pérez, habría ido derecho a vacunarme.

Tal era el horror que me inspiraba la viruela...

Desgraciadamente, el hombre propone y Dios dispone...No tuve más que formar parte del fúnebre cortejo.

Cobijado bajo la sombra de un ciprés en la soleada y alegre norada de los muertos- que ya se quisieran para sí muchos vivos,- pregunté, con rostro compungido, a un amigo, la causa precisa de la muerte de Pérez, nuestro inolvidable compañero de colegio, que en ese instante entraba gravemente, con los pies hacia adelante, al fresco nicho que el afecto de los suyos le había deparado.

-¡Murió de viruela! - me dijo suspirando.

-¿De viruela? Pero si Pérez era un hombre aseado, aprensivo e higiénico hasta la exageración...

-Sí, sí; pero desmemoriado...

-Y qué tiene que ver la memoria con la viruela?

-¡Ahí tienes tú! Muchísimo.

-¿Se olvidó de vacunarse?

-No, hombre; ¡todo lo contrario!

-No comprendo una palabra...

-Es que Pérez se vacunó demasiado...

-¡Explicáte, por Dios, hombre!

-Déjame hacerlo. Tus interrupciones son las que me lo impiden. Pérez, el pobre Ratón Pérez, como le decíamos en clase, era un hombre olvidadizo. Tú recordarás que nunca se pudo aprender la lista de los patriarcas anteriores al diluvio. Pues bien, comenzó la epidemia de viruela, y Pérez corrió, el primero, a vacunarse. Todavía no existía la costumbre de dar certificado de vacuna. La medida se dictó un día después, y para obtener ese pasaporte indispensable, se vacunó en el otro brazo. Pero perdió el certificado. Esa mañana tuvo que ir a la Bolsa de Comercio; se lo exigieron, y, ahí tienes tú, que Pérez, para obviar dificultades, optó por vacunarse por tercera vez. La suerte lo protegió. Ganó unos quinientos pesos, en un "relaucheo" afortunado, y, antes de esperar la mala, se fué a emplear el fruto de sus esfuerzos donde Gath y Chaves. Cuando, al entrar, buscó el certificado en todos los bolsillos, no lo encontró en ninguna parte. No era cosa, sin embargo, de dejar de comprar zapatos por una inoculación más o menos... Además, ya sabes, el Ratón Pérez era un hombre profundamente sensible a la belleza femenina, y allí, para colmo de desdichas, estaba vacunando una señorita de la Cruz Roja de Mujeres, capaz de convencer con sus ojos, de la utilidad de la vacuna, hasta el propio Director de Sanidad.

Pérez entregó sus doloridos biceps en manos de la bella, y aceptó, con deliciosa voluptuosidad, los dos nuevos lancetazos.

Ni siquiera pidió certificado. ¡Cómo lo iban a vacunar más en el día! Pero la suerte no lo acompañaba ya como en la Bolsa y, al salir, dos militares con sus correspondientes placas y lancetas, le pidieron la comprobación documental de su inmunidad.

Enemigo, por principios, de toda discusión, Pérez se levantó uno de los pantalones y puso en las aguerridas manos del representante del ejército sus débiles pantorrillas.

-¡Vamos! ¡Lo que abunda no daña! - se dijo - y recibió el certificado.

Debió calcular mal, sin embargo, el sitio del bolsillo, porque en la tarde, al querer penetrar a la estación para tomar el tren a San Bernardo, no tuvo medios de convencer en forma satisfactoria a la autoridad cuando le dijo, por boca de uno de sus más enérgicos y porfiados representantes:

- Usted no puede entrar. ¡Muestre su certificado de vacuna!
-¡Pero su ya me he vacunado diez veces en el día...!
-¡ Enseñe su certificado...!
-Señor: ¡créame usted! ¡Yo soy un hombre de honor! ¡Véame los brazos y las piernas! ¡Por favor, que el tren va a partir...!
-Aquí no hay piernas ni brazos que valgan. Esas magulladuras son picadas de chinches... Usted, más que nadie, necesita, por eso, vacunarse.

Pérez miró con desesperación el reloj. Faltaban cinco minutos para la partida.

-¡Vacúneme usted, si no me cree! - exclamó en un arranque de desesperación.

Los sanitarios pinchazos de la autoridad no se hicieron esperar, y Pérez alcanzó el tren cuando el convoy iba ya en marcha.

Esto fué el Jueves. Dos o tres días después, Pérez estaba con una fiebre horrible; sus cuartos delanteros y traseros desaparecían bajo un montón de granos.

-Se trata de una viruela confluyente - dijeron los facultativos.

Pérez calló. No tenía valor de hablar. ¿Qué habría sacado, además, con decir que todos esos granos correspondían a otras tantas vacunas?

Después... después... ¡para qué hablamos! - dijo mi amigo, enjugándose los ojos - ... no hubo remedio posible... Ni siquiera se ha respetado su honor de hombre civilizado, higiénico y precavido. Los médicos señalan su ejemplo como un caso inaudito de testarudez y pertinacia.

Cada vez que en una familia de Santiago se habla de la necesidad de someterse a los dictados del Código Sanitario, no falta un facultativo que diga en tono dogmático:

-La vacuna es absolutamente necesaria. Ya ven ustedes lo que le pasó al señor Pérez por no querer vacunarse!

Entre suspiros y sollozos contenidos abandonamos la morada de los muertos.

-¡Y yo que tengo que ir a vacunarme! - dije por fin a mi amigo, en los momentos de subir juntos al coche.

-¿A vacunarse? ¿No le basta con el caso de Pérez?

-Pero ¿qué hago? ¡El certificado me lo exigen en todas partes!

-Bah, qué torpe eres! Ahí precisamente al lado de la Estación Mapocho, un industrial ingenioso vende certificados al portador por dos pesos!

Todavía, el pensamiento de la viruela artificial me horrorizaba.

Detuve el coche, y compré un certificado.